

TUCAN  8+

Rosanda y el hombrecito blanco

ÁNGELES GONZÁLEZ-SINDE



edebé



Rosanda y el hombrecito blanco

Ángeles González-Sinde

Rosanda y el hombrecito blanco

Ilustraciones: Noemí Villamuza



edebé

© Ángeles González-Sinde, 2013

© Ed. Castellana: edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Noemí Villamuza

Primera edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0833-3
Depósito Legal: B. 18800-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Luca Gil Yagüe
y Maximiliano Gil Yagüe
por el tiempo que pasamos juntos.*

Índice

1. Un cactus más viejo que un niño	9
2. <i>Fantabulosa</i> eficiencia	19
3. El verano	27
4. Recetas para recuerdos	35
5. Los dos conejos	43
6. Órdenes de la Consejería	57
7. <i>Yincana</i>	69
8. Papá Noel en bañador	77
9. Sentido de grupo	87
10. Gafas, guantes y botas	99
11. Una rueda como una empanadilla ..	107
12. Claustrofobia	117
13. Enemigos a las puertas	129
14. Bienvenidos a Puenteclarrocho	141

15. Arrastres y remontes	151
16. El caudaloso río Ebro	163
17. El bichito de la intranquilidad	173
18. Si amanece y ves	187
19. Patrullas escolares	199
20. La niña olvidada y Don Thorcuato .	211
21. No llores, que te derrites	229
22. La Fuente del Cacho	241
23. Sangría Shangrilá	253
24. Uno del derecho, dos del revés .	267
25. Hombrecillo blanco en Diablillo Rojo	279

1

Un cactus más viejo que un niño

La madre de Rosanda había guardado hasta el último corderito del último pastor del Nacimiento. No quedaba ni huella de la Navidad. El colegio había vuelto a empezar y todavía faltaba mucho para la primavera y el buen tiempo.

Ésta era la parte más pesada del curso, decía Tomi. Cuando hace frío, anochece temprano y no hay ni vacaciones ni regalos a la vista. Cada día parece igual al anterior y lo único que te sirve para distinguirlos es si hoy toca brócoli para co-

mer en lugar de coliflor, o puré en lugar de sopa.

Sin embargo, el martes, cuando Rosanda volvió a casa de natación con su abuela Queti, que era quien la llevaba y traía, ocurrió algo inesperado: en lugar de estar en la oficina, su madre estaba en casa. Sentada en la penumbra del salón, sin tele ni radio ni nada, mirando un punto en el infinito, la madre de Rosanda a duras penas contestó al alegre «hola» con el que la saludó la abuela. Qué raro.

—¿Has salido temprano del trabajo? Qué bien, ¿no? —le preguntó la abuela.

La madre de Rosanda no contestó. Siguió igual, con su cara larga.

La abuela encendió la lámpara de la mesita y la madre de Rosanda se protegió los ojos deslumbrada por el resplandor.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó la abuela con suave cautela, porque podía sentir en el aire que la madre no estaba del mejor humor del mundo.

Y ya sabemos todos lo que es una madre cuando no está de buen humor: mejor salir corriendo antes de que estalle la tormenta y te empape el chaparrón.

—Bastante rato —repuso la madre.

—¿Y a oscuras?

La madre de Rosanda no contestó, se puso de pie, tomó en brazos a Mauro y pidió a Rosanda:

—Anda, llena la bañera.

—Ya me he duchado en la piscina. La abuela me ha lavado el pelo —explicó Rosanda, sorprendida de que su madre no se acordara de que era martes y había piscina.

Su madre, que normalmente estaba en todo, contestó indiferente:

—Es verdad. Pues vete a jugar un poco.

Todos los niños del mundo saben que «vete a jugar un poco» realmente significa «voy a hablar de cosas muy interesantes que te afectan directamente y no quiero que las oigas». Y todos los niños del mundo, cuando escuchan esa frase, lo que sienten son unas ganas inmensas de quedarse y no irse a ningún lado.

Rosanda en esto no era una excepción y se hizo la remolona. Pero la abuela se había aliado con la madre y repitió su orden:

—Anda, haz caso a tu madre. Llévate a tu hermano al cuarto a jugar.

A regañadientes, Rosanda dio la mano a Mauro y salió del salón. Pero la ventaja

de vivir en un piso pequeño es que todo se oye, así que no le costó mucho aguzar el oído y escuchar desde el pasillo las siguientes palabras:

—Me han echado del trabajo. Cierran la empresa, mamá. Es por la crisis.

¿Qué significaba eso? Desde luego «crisis» era una palabra que se oía en todas partes, la radio, la tele, el supermercado, hasta en el cole. Por otra parte, «me han echado» sea de donde sea, aunque sea de una fiesta de cumpleaños aburrida de la que querías irte, no es agradable. Marcharse está bien, pero que te echen duele, eso lo sabía Rosanda. ¿Y «cierran la empresa» qué quería decir?

En éstas estaba Rosanda, cavilando, dando vueltas a las palabras difíciles y a

lo extraña que estaba su madre, cuando le pareció ver algo imprevisto en una maceta del salón, un cactus que, según la madre de Rosanda, tenía más años que la propia Rosanda, y por supuesto muchos más años que Mauro, porque había sido un regalo de boda.

Según la madre de Rosanda, regalar un cactus a unos recién casados es una demostración de mal gusto y de falta de sensibilidad como la copa de un pino o, mejor, como la copa de una palmera.

El padre se reía y decía que todo lo contrario, que aquel cactus era lento en crecer y resistente, como el amor verdadero, lo que lo convertía en un regalo extraordinario.

Sea como fuere, la madre de Rosanda había terminado mimando como a un be-



bé a aquel cactus que era más viejo que un niño. Siempre estaba con que si le daba o no le daba el sol, si le afectaban las corrientes, si necesitaba agua o le sobraba, y no consentía que nadie lo regara más que ella. Aunque no le pareciera un buen regalo, desde luego se había convertido en algo importantísimo. Como el amor verdadero.

Por eso a Rosanda le extrañó doblemente detectar aquello allí.

Aunque su abuela y su madre le hubieran dicho que no interrumpiera, visto aquel objeto en aquel lugar, la tentación de volver al salón era cada minuto más grande.

Una posibilidad era, por supuesto, mandar a Mauro a recoger ese objeto extraño, inapropiado, sorprendente, avis-

tado por Rosanda en el tiesto del cactus.

Ésa era una solución. Pero enviar a Mauro tenía riesgos. Podía pincharse con el cactus o, peor, volcar la maceta con toda su tierra, y entonces sí que se la cargarían los dos, Rosanda y él, ella sobre todo por ser la mayor y no vigilarlo como le habían pedido. Un segundo riesgo era que Mauro se empeñara en quedarse con ese objeto tan fabuloso, y eso no, eso sí que no. De ninguna de las maneras.